



SUMARIO

Imagen de la Purísima (fotgrabado).—
 Un año nuevo.—Año Mariano —Próxima
 fiesta Mariana. La Purificación de Maria.
 por *Fr. Eliseo del Smo., O. C. D* —Ante
 la Dulce Aparecida, por *Eladio Esparza*.
 —El gran mundo juzgado allá arriba, por
Pierre L'Ermite.—Eucarísticas, por *A. Ba-*
rros.—Mariposa (poesía), por *Fina Mar*.—
 Amor y misericordia, por *María de Echa-*
rri.—La oliva por *Mariófilo*.—Algunas ve-

ces, aquí..., por *Victor Espinós*.—Cuento.
 Cómo cambian los tiempos, por *Josefa Al-*
faro de Ocampo. Teatros y cines, por
E. Abril. De la acción católica en el
 mundo. La legión de la decencia, por *J.*
Polo Benito.—Desde Nueva York. Ciento
 doce años de periodismo católico, por *Mar-*
cial Rossell.—La Purificación (poesía),
 por *J. Amadeo Moreno Cortés*.—San Fran-
 cisco de Sales, por *P. Rivadeneira*.—Un
 glorioso aniversario, por *J. A.*—Dos nue-
 vos misioneros Jesuitas a Carolinas.

AÑO XIII

NÚMERO 137

Córdoba y Enero de 1935

Retenga en la memoria...
 el nombre de este famoso reconstituyente que,
 en más de medio siglo de existencia, ha salvado
 la vida a millares de agotados por la

A N E M I A

El Jarabe de
HIPOFOSFITOS SALUD
 devuelve en seguida el apetito y restau-
 ra las fuerzas rápidamente. Está apro-
 bado por la Academia de Medicina.

LAXANTE SALUD
 en grageas,
 nunca molesta;
 jamás irrita.
 Pídase
 en farmacias.

Es inalterable y puede tomarse en todo
 tiempo. Pídase en frasco de
 origen, pues no se ven-
 de a granel.

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela)	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela)	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela)	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela)	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena)	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela)	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santisima Virgen

AÑO XIII

CÓRDOBA Y ENERO DE 1935

Núm. 137



Imagen de la Purisima de la Sacristia del Hospicio
DE CÓRDOBA

Un año nuevo



Un año nuevo vamos a empezar. En los días que de él vivamos, porque ignoramos si lo concluiremos, se nos ofrecen, a la vez que otras tantas mercedes de la divina Diestra, fuertes motivos para no cejar en la dulce tarea emprendida del servicio de Dios, bajo la amorosa protección de la Reina es los Corazones.

Reza un vulgarísimo adagio que el tiempo es oro. ¡Y cuántas cosas ricas y útiles y preciosas se pueden hacer con este valioso metal! Con él se adquiere en el comercio lo necesario para el disfrute de una vida confortable; se fabrican alhajas para adorno de los cuerpos; se construyen coronas para los reyes, y se ofrenda a la Majestad Divina lo más digno que la materia puede ofrecer en la celebración del culto religioso. Es, en una palabra, el oro el más infalible talismán de felicidad en la tierra.

Pues esto, y más, se consigue con el tiempo, en relación con nuestra alma. Sirve de moneda para la adquisición de gracias y de méritos espirituales; se adquiere con él, bien utilizado, la belleza y adorno sobrenaturales que nos hace dignos de la santidad de Dios; convierte el alma en reina de la naturaleza, a la que domina y dirige con la suave eficacia del yugo divino, y sirve de altar propiciatorio en donde se ofrece a la divinidad el holocausto de una vida repletas de buenas obras. En suma, con el tiempo podemos conseguir la eterna felicidad de la gloria.

Sin embargo, no siempre lo hemos empleado en tan noble servicio; antes al contrario, puede acontecer que tengamos mucho de qué avergonzarnos, y que sean los años hasta ahora vividos motivo de muy amargas lágrimas, pues con ellos, tal vez, nos hayamos arruinado espiritualmente.

De una forma o de otra, el año que

por delante tenemos representa una merced inapreciable de la que hemos de sacar el mejor partido posible.

Mientras haya en el mundo un corazón que no ame a Jesús y a María; mientras exista en la tierra una sola alma que gima bajo las pesadas cadenas del pecado; mientras en nuestro propio corazón quede una fibra siquiera que no responda por entero a las pulsaciones de la gracia, estamos obligados, por la urgencia divina del amor de Cristo, a luchar en la conquista de todos los amores para Dios, a trabajar incansables en el advenimiento del reinado de María, para que sea un hecho el pronto reinado de Jesucristo en los corazones.

Si de esta suerte empleamos el año actual, será para todos muy repleto de bendiciones celestiales, como lo deseamos para todos nuestros lectores.

Año Mariano



Poco hay que destacar en el año 1934, por lo que se refiere al culto de la Santísima Virgen, si no es la clausura de las bodas de diamante de Nuestra Señora de Lourdes.

Las fiestas fueron presididas por el cardenal Maurin, arzobispo de Lyon, rodeado de muchos obispos, entre otros Theophilos, de rito siro-malankar, convertido al catolicismo hace pocos años, obispo de Tituvella (Indias), que tiene por catedral una choza de bambú, y un obispo del Canadá.

Las estadísticas de Lourdes, acusan durante el año jubilar la llegada de 400 trenes especiales que han conducido 241.885 peregrinos; de ellos 57.603 extranjeros. Se han podido contar hasta 17.726 enfermos.

La jerarquía eclesiástica está bien representada por la visita de 8 cardenales, 23 arzobispos, 116 obispos e in-

contable número de sacerdotes y religiosos.

Nuevo templo mariano en Roma.—Se ha abierto al culto un nuevo santuario monumental en Roma dedicado a la Santísima Virgen, conmemorativo del Concilio de Efeso que proclamó la maternidad divina. Es debido a la munificencia de Pío XI y está situado a la salida del histórico Puente Milvio.

El santuario mariano de Afganistán.—Un santuario mariano en el que este año se han celebrado cultos solemnes es el de la capilla de la Embajada de Italia, en el Afganistán, que, como se sabe, es país herméticamente cerrado al catolicismo. Esta capilla es el único templo católico del país.

Nuestra Señora de Boulogne en el Japón.—Son varios los santuarios Marianos abiertos en países de misión. Este año hay que mencionar el de Shimiza, en el Japón, dedicado a Nuestra Señora de Boulogne-sur-Mer.

Portugal por María.—Además del movimiento católico-mariano en torno a Nuestra Señora de Fátima, que atrae numerosas peregrinaciones portuguesas, este año se consagró a la Santísima Virgen de Vila-Vicosa, la diócesis de Evora. Al acto asistieron los ministros de Guerra, de Agricultura y de Gobernación, de la vecina República.

Cincuentenario de una Cofradía.—Se ha celebrado en Dunquerque el de la Cofradía de Nuestra Señora de las Dunas que agrupa 11.000 asociados. Es tradición llevar muchas velas al santuario. En un lapso de tiempo corto, mientras duraron las peregrinaciones han ardido ante la venerada imagen 2.600.000 cirios.

Entre musulmanes.—En Orán, pese a la dificultad del movimiento católico entre musulmanes, se organizó en abril una jornada mariana que reu-

nió unos miles de devotos de la Santísima Virgen.

Un Congreso mariano en los Estados Unidos.—Lo ha celebrado la Escuela Superior Williana Cullen Mc. Bride, de San Luis (Estados Unidos). Ochenta parroquias han estado representadas en él. Tuvo lugar el 29 de enero.

Procesión milenaria.—Como todos los años, y de ello hace más de mil, ha tenido lugar el segundo día de la Pascua de Pentecostés, la gran procesión a Nuestra Señora de Hanswick, en Malinas (Bélgica).

Irlanda y el mes de María.—Consagrada Irlanda a la Inmaculada, reviste cada año especial esplendor el mes de mayo, dedicado a Nuestra Señora.

Las procesiones Marianas son muchas y nutridas. La celebrada el domingo 6 de mayo en el Parque de los Dominicos, en Tallagt, congregó 3.000 niños y varios millares de adultos.

El cardenal Verdier a Luxemburgo.—La Virgen bajo el título de Consuelo de los afligidos es Patrona del gran Ducado de Luxemburgo. Este año de 1934, el cardenal Verdier arzobispo de París, ofició en el pontifical, presidiendo a los romeros franceses, belgas, suizos, alemanes y luxemburgueses.

Patrona de las Juventudes Universitarias.—Son los estudiantes polacos los que han solicitado del cardenal Kakowky, arzobispo de Varsovia, el patrono de la Santísima Virgen. La proclamación se hizo en el santuario nacional de Nuestra Señora de Czestochowa, el día 6 de mayo.

El Tercer Congreso Mariano Nacional en Francia.—Ha tenido lugar en Laon-Siesse, el Tercer Congreso Mariano Nacional de Francia, en los días 18 a 22 de julio de 1934.

Para darse cuenta de la importancia de estas fiestas Marianas, baste considerar que el Papa nombró legado suyo

«a látere» al cardenal Binet, arzobispo de Besançon y que además del Nuncio de Su Santidad en Francia, Mns. Miglione, asistieron al Congreso cuarenta prelados, entre ellos cuatro cardenales y varios obispos de las más lejanas tierras en que Francia ejerce jurisdicción.

Hubo secciones para sacerdotes, obreros, intelectuales, jóvenes de ambos sexos, etc., donde se estudiaron serios problemas. Como en todos los Congresos, unos millares de niños dieron su acostumbrada nota de piedad y de candor.

Perseguidos y todo.—Perseguidos y todo, los católicos bávaros en número de 30.000 se congregaron a los pies de Nuestra Señora de Amberg, guiados por su pastor monseñor Buchberger, obispo de Ratisbona, donde juraron fidelidad al Pontífice, y a su fe católica.

Viaje exprofeso.—Para presidir el Congreso Mariano de Portlan, en los Estados Unidos, que tuvo lugar del 12 al 15 de agosto, hizo su viaje desde Roma el cardenal Lepicier, prefecto de la Congregación de Religiosos.

Próxima fiesta Mariana

La Purificación de María

Antes de cumplirse los días de la Purificación, es decir, siete días desde el nacimiento del Niño Jesús hasta que debía ser circundado, y luego otros treinta y tres más, el gozo de María, los éxtasis de dulzura inefable al mirarse en aquellos ojos de cielo, habían llenado su alma de dicha que tenía más de semejanza con la gloria celestial que con las pobres migajas de consuelo que a veces nos tocan a los pobres mortales en esta vida. Sin duda, pasados los primeros días en el

humilde portalito de Belén, y habiendo salido la mayoría de los forasteros que habían ocupado todas las posadas y casas disponibles durante el tiempo requerido para cumplir con el edicto imperial, la Sagrada Familia encontró seguramente lugar más decente y acomodado para su habitación, y también apagados los ecos de los hechos maravillosos que tuvieron lugar en la fecha del nacimiento del Salvador y algunos días después, volvió la paz a reinar en aquella dichosa familia. Estos días de intimidad fueron, indudablemente, los más felices para la Virgen. Poco a poco iba acostumbrándose a mirar con algún menor asombro el hecho milagroso de que tenía a su Dios, en forma de hombre, y le podía llamar su Hijo, y estrecharlo contra su corazón, y alimentarlo con el dulce nectar de su seno. No necesitamos hacer grandes esfuerzos de imaginación para representarnos escenas que fueron envidia de los ángeles del cielo y que estos no se cansarían de contemplar.

Pero la dicha de este destierro, aún tratándose de personajes santísimos, que al fin se sujetaron a todas las leyes y vaivenes propios de la humanidad, es efímera y transitoria, como la flor más bella y perfumada que abre su caliz para recibir el riego de las perlas del rocío, se expande al calor de los rayos del sol desarrollando todo el esplendor de su belleza, y se agosta y deshoja con el ocaso del día.

Por cuarenta días lo había contemplado, acariciado, y dibujado en su alma los rasgos de su fisonomía tan atractiva y radiante, ahora es llegada la hora de comenzar a andar el camino que es principio de la vía dolorosa que no dejara de estar presente ante los ojos de María por un solo instante.

El primogénito debe ser presentado y ofrecido al Padre Eterno, y rescatado, según la prescripción de la ley. María se apresura a cumplirla en to-

dos sus puntos. Los santos Esposos han decidido, según su condición y pobreza, ofrecer una tortolita para el sacrificio y otra para el rescate. En las apariencias externas nada hay que pueda distinguir a la Virgen de tantas otras madres que se acercan al templo a cumplir las prescripciones legales. Jesús ha querido sujetarse en todo a la condición de hombre, y aun cuando una sola excepción es hecha en su favor, la de estar exento de pecado, no obstante exteriormente nada le diferencia de los otros niños judíos.

Sin embargo, era voluntad del cielo recompensar esta humildad y sencillez de corazón con ciertas manifestaciones extraordinarias. Entraba en el plan divino señalar este acontecimiento con señales inequívocas de una Providencia especial respecto a este grupo de seres escogidos. Quiere el Señor manifestar que hay algo oculto bajo el velo de modestia y sencillez de las personas que se acercan al sacerdote para la ceremonia de la purificación. Y el primer personaje que entra en escena es un anciano de aspecto venerable, que lleva grabada en su rostro la bondad y los méritos de una larga vida de virtudes y obras de justicia. Como sucede de ordinario, las almas nobles y fieles a Dios, vibran con cierto irresistible impulso ante personas o hechos que llevan el sello de predestinación divina.

Simeón se llamaba este santo hombre. Lleno de fe, conocedor de las grandes promesas que formaban el tesoro de la heroica y constante confianza del pueblo fiel, su vida era una continua oración, un prolongado suspiro. Veía con los ojos del alma las admirables profecías estampadas en los libros santos, y sentía profunda e inexplicablemente que estaba ya cercano el tiempo de verlas realizadas. Esta mañana, como de costumbre, habíase dirigido al templo. Algo des-

acostumbrado le traía inquieto un afán delicioso y esperanzador aceleraba el ritmo retardado de su corazón. El Espíritu Santo le inspiraba, aun cuando no le era posible explicarse cuál era el motivo de su exaltación.

De pronto sus ojos descubren el pequeño grupo de viajeros que entra por la puerta del templo. Entonces claramente, sin duda ninguna, como si se hubiera descorrido un velo, o una luz clarísima iluminara su alma, ve lo que tanto había suspirado por contemplar; su esperanza está realizada; su ansia ha encontrado satisfacción. Con paso rápido a ellos se dirige, y con voz emocionada suplica a la madre el favor de descargarla de su precioso tesoro. Quizá María reconoció al anciano. Es fácil que lo hubiera visto y estuviera familiarizada con su vida, durante los años de su estancia en el templo; le habrían contado la santidad de su vida fidelísima, el entusiasmo de su palabra anunciadora de la dicha venidera y el fervor de sus oraciones continuas. Es lo cierto que ni por un instante le asaltó la duda, sino que inmediatamente y con plena confianza depositó su ligera carga en los brazos del varón justo. ¡Qué gloriosa transformación! Ya no es un anciano el que eleva su voz firme y sonora, sino que se descubren en él la fuerza, el entusiasmo, la dicha de generaciones de justos patriarcas y profetas, que por él hablan y proclaman su consuelo; la dicha rebosa en los acentos del amor que se escapan de aquel corazón, al anunciar la realización de la libertad tan añorada: «Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, al cual tienes destinado para que, a la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine a los gentiles y la gloria de tu pueblo Israel». «Su padre y madre escuchaban con admiración las cosas que de él se decían». (Lucas II, 29-33).

Si ellos, que estaban en el secreto de los misterios de Dios, sentían admiración ¿qué podremos decir de cuantos presenciaron estos hechos y portentos?

Las palabras de un varón tan reverenciado debieron de causar profunda impresión en ellos, y más por lo que significaban. El gozo de sus corazones se demostraría en parabienes a los afortunados padres, y mutuamente se felicitarían de haber visto lucir la aurora resplandeciente de su liberación y de su triunfo.

Esto nos basta para detenernos a reflexionar en las enseñanzas que los hechos descritos proclaman.

En primer lugar, vemos cómo el cielo premia el celo en la observancia de las leyes y mandatos divinos. La humildad es un tesoro que atrae las bendiciones celestiales con abundancia insospechada. María oculta en su corazón las gracias recibidas que la dispensan en la práctica de un precepto que no le obliga en lo más mínimo; pero celosa del buen ejemplo, animada de su respeto a los mandatos divinos se somete a un precepto humillante, hasta cierto punto, y el Señor se apresura a ensalzarla y glorificarla en presencia de la multitud que llena el templo santo.

Si observáramos nosotros con fidelidad las leyes divinas, ¿qué tesoros de gracias no se nos concederían, qué fuerza de virtud no se apoderaría de nuestra alma, llenando nuestros días de fruto de buenas obras y de santidad, y a estas correspondería la eficacia de nuestro ejemplo para atraer almas a Dios que le glorificaran amándole y sirviéndole fielmente!

Esto no quiere decir que la vida de la Virgen desde este momento fuera una carrera triunfal de dichas y glorificación; sino al contrario podemos considerar todo lo que antecede como preparación y confortativo para el anuncio de las amarguras que debían

comenzar inmediatamente y seguir creciendo hasta llegar a anegar su alma en un mal de dolores cuya culminación fuera ver a este Hijo queridísimo, ahora momentáneamente ensalzando, fijo en un madero de maldición, expirando desecrado y rechazado por el pueblo que venía a salvar.

Y esta es la segunda enseñanza que nos ofrece este misterio, la aceptación de la voluntad divina en todas sus partes y detalles, aquella prontitud en someterse con resignación, y alegría heroica, a la voluntad divina, haciéndose eco del ejemplo de su mismo Hijo Divino: «Señor hágase tu voluntad y no la mía».

Así es también nuestra vida. Momentos de exaltación, fervor y consuelo espiritual son poquísimos en número, y el plan divino consiste en prepararnos para el continuo batallar de nuestra existencia, darnos aliento para que no desfallezcamos, sino al contrario, aun en medio de las más violentas tempestades, animarnos a fijar nuestra mirada en Dios, apurar hasta las heces el caliz del dolor, pero bendecir al Señor que nos lo manda y servirle con constancia y fidelidad.

El ejemplo de María será un faro luminoso que nos guíe en este valle de dolores, y la digna celebración de los misterios de su vida un augurio de su protección y ayuda maternal que nos asegure el triunfo y la corona de la inmortalidad.

FR. ELISEO DEL SSMO., O. C. D.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

Ante la Dulce Aparecida



Muy escaso dominio tenemos los humanos sobre el amor y el odio.

Los propósitos de nuestra voluntad, por acerados que sean, se mellan generalmente en esas fibras sutiles de nuestra alma.

Pueden más que nosotros el odio y el amor.

Son como los vientos que empujan la nave de nuestra vida.

Al poco tiempo de haber irrumpido la fragorosa guerra europea, me decía un francés:

—He jurado no dar la mano nunca a un alemán!

Aquel propósito que produjo el patriotismo irritado, fué sin duda el propósito que se forjó en todo ciudadano de Francia.

Y aquel propósito tendría su correlativo en todo ciudadano de Alemania. Y en todo ciudadano de Bélgica, la heroica sublime.

Se trataba de un odio hipotecado para toda la vida.

Este odio, naturalmente, se ha quebrado en su médula.

Digo naturalmente, pero el concepto no es exacto.

Sería mejor decir que sobrenaturalmente.

Se han congregado en Lourdes, la encantadora Aparecida de la virtud milagrosa, cerca de cien mil excombatientes.

No son estos ciudadanos que vieron el desfile sangriento de la guerra desde cómodas situaciones sociales: son hombres que fueron con sus cuerpos el friso rojo de las batallas.

Son hombres que llevaron el odio hasta el límite máximo de la voluntad.

Y ahora todos no solo se han dado la mano sino que han fundido los corazones en una sola plegaria que salía de sus bocas, amorosa y encendida,

como antes salió el odio destructor y rebelde.

Todos los excombatientes oyeron la Santa Misa, que fué celebrada por tres sacerdotes, soldados también de la guerra, de los que uno era francés, otro alemán y otro belga.

Podían decir aquellas cien mil bocas: «Cuántas y cuán acerbos tribulaciones nos has hecho probar! Pero vuelto a nosotros nos has hecho revivir!» (Salmo 70).

Y aquellos que tan atrocemente se odiaban, hirvientes su corazones de rencor y de ira, han dicho al unísono: «¡Queden nuestras almas bien llenas de Tí, dulzura pingüe y jugosa y con labios que rebosen de júbilo, te cantarán nuestras bocas himnos de alabanza!» (Salmo 62).

Espectáculo consolador como ninguno este de Lourdes, dado ante la Aparecida milagrosa por aquellos miles y miles de hombres cuyas manos esparcieron el terror por el mundo, cuyas manos se enlazaban ahora fervientemente en una sola aspiración: la paz; en una sola unidad: la Fe.

Esa Fe a la que no se concede beligerancia entre los hombres fatuos que pretenden dirigir los destinos, pero que es la virtud sobrenatural que realiza el prodigio de hermanar a los hombres que juraron odiarse.

El odio es la montaña tremenda que no la mueve fuerza humana, pero que la traslada, como pluma en el viento, la fe en la que ahora se han congregado miles y miles de hombres de todas las naciones. Impera lo divino en lo humano.

Se vé palpablemente.

Pero nosotros creemos que no hay nada más que nuestro amor y nuestro odio ¡sin pecarnos de que Dios se sirva de ellos para mover la nave de nuestra vida.

ELADIO ESPARZA.

El gran mundo juzgado allá arriba

Aquella mañana, al salir del baile la encantadora señora Camila de Valdepeñas, tan pronto como se metió en su coche, se hizo un ovillo y se agazapó en un rincón, con los pies en el calorífero y la nariz entre las pieles.

—Gastón, ¡no puedo entrar en calor!

—¡Es curioso!, dijo el esposo mirándola fijamente a través del monóculo.

—¿Por qué es curioso?

—Porque has bailado como una peonza; tanto, que todo el mundo me decía en los salones: ¡Qué pronto se ha repuesto su mujer de la operación!... ¡Deja a todos los bailarines tamañitos!

—Y sin embargo, el hecho es que no puedo reaccionar.

—¡Hecho inaudito!

—¡Oh, no te burles de mí! ¡Estoy helada!

Entonces, viéndola cada vez peor y juzgando la cosa seria, él pone las manos enguantadas entre las suyas.

—¡Tengo frío!, repite ella, rechinando los dientes. ¡Tengo frío hasta la médula de los huesos!

—¡Qué idea la tuya de ir al baile a los quince días de tu operación!

—Esa métome en todo de la señora Cifuentes es la que tiene la culpa, por haber pretendido que mi operación me iba a dejar hecha un guiñapo. ¿Comprendes?... ¡Quise probar!

—No cuentas, querida, que estabas, se puede decir, convaleciente...

Pero ella no responde. Sus labios se le han puesto blancos como las pieles de su «salida de baile», y aterida, hundiéndose entre los mullidos del coche no cesa de murmurar:

—¡Dios mío! ¡Qué frío tengo! ¡Qué

frío tan grande!—mientras sus pies patalean nerviosamente por el fondo del coche.

Y a tal punto llegó el frío de la señora aquella noche, que murió antes de llegar a su hotel, y en traje de baile compareció ante San Pedro, introductor a los juicios de Dios.

—Señor San Pedro... Yo soy la señora de...

—El nombre me es indiferente.

—Y yo me he muerto de repente esta noche, pero no sin hacer antes un acto de contrición perfecta.

—¡Bien!

—Como comprenderá usted, para evitarme el infierno. Evidentemente yo no debí ir al baile. Sin embargo, mi confesor me lo hubiera permitido.

—¡¡¡...!!!

—No iré pues, al infierno, puesto que he hecho un acto de contrición perfecta! ¿Cómo? ¿Lo duda usted? Pero, Señor San Pedro; eso está escrito con todas sus letras en el catecismo... No haga aspavientos... Usted me quiere asustar, ¿no es verdad?

—¿Está segura que su contrición ha sido perfecta?

—Ciertamente... Apreté tanto las manos, que las sortijas se me clavaron en la carne.

—Es una prueba.

—¡Dios mío! ¡Qué confesor tan rígido hubiera sido usted!... En cuanto al infierno, estoy bien tranquila. Por lo que respecta al purgatorio... todavía más...

—¡¡¡...!!!

—Sí, señor. Yo he bailado por los pobres en los bailes de caridad; he dado mi nombre a un tropel de obras. ¡Espere, espere! He hecho una porción de cosas, incluso pagar muchos cirios. He oído los sermones del Padre R... ¿No ha oído usted hablar del Padre R...?

—No.

—¿No?... ¿Aquí no están ustedes al

corriente de nada?... En fin... que estoy tranquila.

Cuando San Pedro hubo examinado a fondo el legajo de la señora, levantó sus anteojos sobre su frente, muy arrugada, y la miró, mientras ella repetía siempre:

—¡Oh, estoy muy tranquila!... ¡Lo he calculado todo bien!...

—Pues creo que le costará trabajo salir adelante. Su cuenta no acaba de equilibrarse.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. ¿Qué edad tiene usted?

La señora vaciló un instante. En el mundo no se dirigen tales preguntas, pero como San Pedro fruncía las cejas, se decidió, y dijo apresuradamente:

—¡Veintiocho años!

—¡Veintiocho y medio!... Son por tanto veintiuno de responsabilidades. Se lo repito... no hay compensación... ninguna compensación.

—De todas suertes, no tiene más remedio que equilibrarse. Allá abajo, en la tierra, yo pasaba por un baúl de devociones.

—¡No se trata de baúles!

—Y mi mismo primo, el señor de Santisteban, me lo repetía a cada instante.—Querida, tú hubieras debido entrar en un convento.

—No se trata de Santisteban... pues lo repito, no hay compensación.

San Pedro volvió a ponerse las gafas en su sitio, abrió un libro, y con su dedo rugoso, buscó el asiento «Camila de Valdepeñas».

—Por ejemplo, dijo... Veamos el capítulo de buenas obras.

—En cuanto a eso, yo estoy curada en salud.

—...leo: Buenas obras, cifra total en toda la vida: 2698 duros.

—Es una bonita cifra. ¡Corren malos tiempos!...

—No me interrumpa... Usted tenía una renta anual de 25,000 duros. De

esos 2698 es preciso rebajar casi dos mil...

—¡Ah! ¿Porqué?

—Dos mil que han sido dados únicamente por vanidad mundana, por necesidades sociales, por el afán exclusivo de quitarse de encima a las gentes... Resta sólo para su vida entera 698 duros dados más o menos por caridad cristiana.

Y encima tiene su asiento anotaciones que no vacilo en calificar de mortificantes y escandalosas:

Sombreros, 7,800 duros; vestidos, 20,100; teatros, 14,900; viajes, 35,000; inutilidades varias, 120,099; comidas, 200,708.

—Sí; ¿pero todo en veintiún años?

—Y los 698 duros consagrados a la caridad, ¿no son también en veintiún años?

—Pues señor, no le entiendo. Nunca mi confesor, y es inteligente, créame, me ha hablado de semejantes cosas.

—¡Pobre! Bastante tenía con lo demás de la vida de usted. Ha hecho lo posible para librarla del infierno... Porque respecto a los otros pecados, se arregló usted unas tragaderas...

—¿Entonces cree usted que iré al purgatorio?

—Lo creo...

—Pues en este caso todas mis amiguitas deberán estar también en el purgatorio.

Y como un estremecimiento súbito de espanto sacudiera a la pobre criatura, muñeca inútil y vanidosa, en medio de los pingos que habían constituido toda su existencia, San Pedro, siempre bueno, a pesar de su apariencia pescadora, arriesgó una palabra de consuelo:

—Hoy la entierran a Ud... Habrá mucha gente que rezará por Ud.

—¡Ah, no!—exclamó ella llorando. Al contrario... No se ocuparán más que de los trajes, de contar las coronas, de volver a casar a mi marido..

de oír la música... Igual hacía yo en ese tiempo... ¿Me dicen siquiera una Misa?

—No, el entierro es a las tres.

Ya me parecía a mí... A medio día les hubiera descompuesto el almuerzo.

No tuvo tiempo de acabar la frase; le había llegado el turno... Toda trémula fué llevada a juicio ante el trono del Todopoderoso, mientras que San Pedro repetía, cerrando el libro de registro, la sentencia tan grave de Cristo: «Si no hacéis penitencia, todos pereceréis».

PIERRE L'ERMITE.

Eucarísticas

—=—

La Eucaristía lo es todo. El calor de la Eucaristía es el que conserva la virtud, porque sus flores sólo brotan fecundadas por el amor divino. Lo que da fuerzas al hombre para vencer las pasiones y conservar su propia dignidad es saber que es la imagen del Creador, y templo del Espíritu Santo; es sentir que corre por sus venas la sangre de Jesucristo; milagro que sólo es capaz de operar el Sacramento de la Eucaristía, que es la fuerza y el amor de un Dios que obra sobre la naturaleza humana.

Legonvé decía a su hijo: «Yo no sé nada más propio para fortificar el alma y llenarla de un santo respeto por sí misma que este pensamiento: «Sirves de Santuario al Creador». Si la sola presencia de un ser amado basta para librarnos de una caída, ¿qué será para una alma cristiana decir: «Mi Dios es mi huésped. Está conmigo. Es mío!» «Hijo mío: he visto rostros de moribundos iluminarse con la esperanza, al recibir la Hostia Santa; he visto en la iglesia, al salir de la Santa Mesa las frentes de las jóvenes resplandecientes con rayos de fe; he visto a tu madre en las convulsiones del dolor, apa-

ciguada por la Comunión, sonreír en medio de sus sufrimientos. Tendría horror de mí mismo si tales recuerdos no me inspiraran respeto».

La Eucaristía es el camino más corto y más seguro para alcanzar el cielo. Son palabras éstas del Papa de la Eucaristía, de Pío X, en un discurso a los delegados de una cofradía de adoradores del Santísimo Sacramento.

«Hay otros sin duda, por ejemplo, la inocencia; pero hay que dejarla a los pequeñuelos; la penitencia; pero nos asusta: tener hambre, tener sed, mortificarse, todo esto hace sufrir; apenas se presentan las penas de la vida, nos lamentamos y rezamos para que se alejen de nosotros».

«Una vez más, lo afirmo, el camino más seguro, más fácil, más corto para ir al cielo es la Eucaristía. Para acercarse a este Sacramento sólo se precisa un instante, un movimiento, y el que se acerca a él, disfruta de las delicias del paraíso».

El mismo gran Pontífice recomendaba la Comunión, que sustenta la vida del alma, como la base indispensable para todo Apostolado.

El hombre que vive unido a su Dios en el Sacramento de su amor, puede obrar maravillas y tiene toda la fuerza que le da la unión con su Creador. Nada puede temer el que lleva a Dios en su pecho.

Una antigua leyenda escocesa cuenta que el caballero Douglas, para cumplir una promesa hecha a su rey Roberto Bruce, tomó el corazón de este príncipe después de su muerte, lo envolvió en un género de seda, la colocó sobre su pecho y partió para Jerusalem, donde debía depositarlo al pie del Santo Sepulcro. Dijo adiós a sus montañas, pasó el mar de la Mancha, atravesó la Francia y los Alpes, y el corazón de Bruce, colocado sobre el corazón de su servidor, obraba maravillas. Un día, agotado por la fatiga, Douglas, se sentó al borde del cami-

no, pensó en sus queridas montañas de Escocia y en sus lagos azules, y con un deseo loco de volverlos a ver, se decidió a regresar a su país violando su promesa. De repente el corazón del príncipe se anima y bate precipitadamente sobre su pecho, como para reprocharle su cobardía, y le dice: «Adelante».

Pronto siente el viajero que se disipan sus dudas, renacen sus fuerzas, y sigue su camino. Otro día llegó a una llanura y vió que los cristianos huían perseguidos por los moros. El corazón del rey late de nuevo con gran fuerza sobre el corazón de Douglas, y éste toma una espada, sube a caballo, alienta a los cristianos y los conduce a la victoria. Y así, siempre, en cada dificultad y en cada peligro, el corazón del rey daba aliento y valor a su amigo, que llegó sano y salvo a Jerusalén.

¡Si el corazón de un rey de la tierra tanto podía para reanimar el valor del caballero y darle fuerzas para cumplir con su promesa, ¿cuánto no podrá el corazón del rey de los cielos hecho una misma carne con nosotros?

A. BARROS.

Mariposa

Yo me llamo cristiano y serlo creo,
yo oigo un sermón con fervido entusiasmo,
yo me indigno y altérome y me pasmo
si de mi piedad a alguien dudar veo.
Mas... luego del sermón voíme al recreo
de un placer que es estuche del descoco
y en donde van muriendo poco a poco
los propósitos que hice en el sermón...
Los que me juzgan mal ¿tendrán razón?,
¡quizás de no ser malo es que estoy loco!

FINA MAR.

Amor y misericordia

La mañana está muy fría, la lluvia cae a torrentes, apenas si el auto puede caminar por entre los barrizales que el agua ha formado con la tierra. El viento arranca en sus ráfagas violentas las pocas hojas que les quedaban a los árboles cuyas siluetas desnudas y esqueléticas se dibujan en el horizonte dando al paisaje un aspecto desolador.

Y sin embargo en el auto las que regresamos de la visita que hemos hecho estamos contentas, tenemos calor en el alma y vibraciones suaves y alegres en el corazón.

¡Habíamos visitado una obra llena de amor y de compasión hacia seres que precisamente porque cayeron muy bajo estaban más que otros necesitados de apoyo y de una mano que los levantara de su abyección a una vida nueva y regenerada!

¿Cómo se llama esta obra?

Cuando funcionaba la visita semanal a las cárceles de mujeres, al menos en Madrid, visita que tenía como base y fundamento la enseñanza de la doctrina cristiana y el llevar algún consuelo a las desgraciadas arrastradas por el vicio hacia el crimen, y que se suprimió como otras muchas cosas que tanto bien hacían, las que acudían a ejercer esa obra de misericordia, echaron pronto de ver que desde la salida de la cárcel al reintegro a la vida social, a la vida de sociedad había un hueco como dice una hoja de propaganda que habla de esta «Institución Católica de Protección Post-Carcelaria de la mujer caída»—la sociedad—«implacable en sus juicios pone sobre la frente del liberto un estigma imborrable de vllipendio y degradación, y mientras este subsista lo coloca al margen de la vida colectiva, cerrándole todas las puertas honradas mientras le abre de par en par aquellas por

las que fatalmente ha de caer en el abismo del que intentó salvarse inútilmente».

Era urgente tender el puente. Era preciso crear una obra, una institución que fuese la mano piadosa, dulcemente misericordiosa que salvase a estas desgraciadas, que las recogiese al salir de la cárcel, que impidiese el que volvieran a caer al encontrarse frente a frente de la miseria y del abandono. ¡Había tantas que decían al salir de la cárcel y cuando se les hablaba de un cambio de vida, que ellas querían pero que les facilitasen trabajo, colocación, para de ese modo rehacer su existencia culpable, culpable muchas veces porque nadie les había enseñado otra cosa, y que sollozaban al pensar esa rehabilitación se hacía difícil porque no se las ponía en el camino y preveían ellas que si la tentación se presentaba de nuevo volverían a caer!

¡Es tan fácil y tan sencillo mantenerse uno bueno, en un ambiente que induce a ello y con una comodidad en la vida que alejar los peligros que tiene la miseria!

Somos muy prontos a juzgar.. muy tardos en ejercer misericordia...

El corazón femenino que fué el instrumento de que se valió el Señor para crear esta Obra post carcelaria y de regeneración moral y social de la mujer caída, luchó, sufrió, no unos meses, sino unos años, sin cansarse, sin desmayos, con tesón, con perseverancia. Quien fué lo sabe Dios y lo sabemos muchas, pero no gusta el bien de alabanzas y reclamos y no quiere ese corazón otra recompensa que el ver su obra en marcha y el pensar en las almas que van volviendo al redil del Buen Pastor.

Ayudada, alentada por el Excelentísimo Sr. Cardenal Segura que jamás desamparó una obra en la que se hiciese la caridad y en que se diese gloria a Dios, la Institución comenzó a funcionar. La Providencia deparó a la

Obra una casa en Pozuelo, con las condiciones necesarias, rodeada de un jardín hermoso. en pleno campo, en cuya casa se instalaron las primeras recogidas; cuidaron de ellas Religiosas Dominicas, hoy están a cargo de la Institución Católica Post Carcelaria, cuatro Hijas de la Caridad, sección española.

La visita que hicimos hace unos días no pudo ser más simpática. Venía con nosotras, y en realidad era ella quien quiso conocer la Obra que las demás bien conocíamos, una señora italiana que está pasando una temporada en Madrid y representa al Gobierno italiano en la Sociedad de Naciones; la Princesa Cristina Baudini.

Al entrar en el pequeño, muy pequeño hall lo primero que se ve es un mosaico sobre la puerta de entrada que representa el «Amor Mirericordioso». ¿En dónde mejor se le pudo colocar que en la mansión donde ese amor de misericordia extiende sobre las que fueron culpables su manto de perdón, que como en los días de su vida mortal con tanta dulzura concede a los pobre pecadores que se arrepienten?

En una salita las acogidas (doce) trabajan; reflejaban sus rostros todavía señales de su vida pasada, pero las suavizaba y borraba la expresión nueva de una paz del alma hasta entonces desconocida que brillaba en sus ojos. La Nochebuena fué feliz para ellas, comieron buena comida y como chiquillas cantaron y bailaron delante del nacimiento. Ellas, las mismas que antes... ¡oh poder de nuestra santa Religión!

Visitamos la casa toda. En el piso alto la capilla con el Señor. La sociedad rechazó a estas desgraciadas. El, el Maestro Divino. La Santidad Suma no las rechaza. Se quedó en casa para enjugar lágrimas, calmar tempestades, sonreír al arrepentimiento, aceptar promesas.

En el piso bajo vimos a los peque-

ñuelos, hijos de las que la Obra ha recogido. El espectáculo era alegre, hermoso, risueño. Todos muy chicos, muy limpios, llenos de gozo, de salud, amparados por la hermana que se ocupa de ello. Son dichosos, viven al abrigo de la miseria en una casa sana, en pleno campo, ignoran por que fueron aparar allí y no los separaron de sus madres, ya que en los dormitorios junto a la cama de la madre está la cama del niño o de la niña, y ese amor maternal y la vista de esos inocentes son un acicate poderoso para la regeneración de las pobres caídas que poco a poco se van levantando de su abyección para poder reintegrarse un día al seno de la sociedad sin que la sociedad las aparte de sí. Al emprender la vuelta, metidas ya en el auto, contemplamos las carillas sonrosadas de los chiquitos que sonrientes nos decían adios.

Y por eso aunque llovía y el viento arreciaba y hacía frío, íbamos contentas, caldeado el corazón. ¡Habíamos aspirado el perfume de una flor del jardín de la caridad cristiana! ¡Habíamos visto de cerca una manifestación de esa caridad, llena de amor, llena de compasión! ¡Caridad de Cristo, bendita seas!

MARÍA DE ECHARRI.

La Oliva

—

Es la oliva símbolo de la paz y sus hojas indicaron a Noé que la ira de Dios se había aplacado.

María al mirarnos, al consolarnos, infunde en nosotros la paz que tan difícil de hallar se muestra en el mundo.

Con María viene a nuestro corazón también la gracia de Dios. Es paz para la humanidad esta hermosa oliva.

MARIÓFILO.

Algunas veces, aquí...

—

Lecciones vivas

Ahí está palpitante.

Ese obrero parado que tropieza con una cartera perdida, sustanciosamente grávida, vamos al decir, de casi cien duros, en momentos de máxima tentación; por el ambiente, por el día, por el hambre, acaso... y que opta, vencíendolas todas, por entregar su hallazgo en la primera comisaría de vigilancia que al paso le sale, para que el dueño de la cartera la recobre... El, dueño, poseedor unos instantes de una fortuna—todo es relativo—recobrará también su situación de pobre, de padre amargado por el desamparo de los suyos, su situación de hambriento, y entrará en su casa vencedor el espíritu de todas las sugerencias de la materia...

No hubiera sido la vez primera que un hombre de esas calidades las ve menospreciadas por un Estado frígido y por una sociedad idiota, que no suele saber ni lo que le conviene; pero, no ha ocurrido eso en la presente ocasión. El obrero sin fortuna, que se la encuentra, y sin saber quién es el legítimo poseedor la devuelve de modo tan impersonal y desprendido, y honrado, ha visto recompensada su buena acción. Mas vale así.

Mas vale así, sobre todo, porque precisamente en estos días los designios del Azar convierten en millonarios—hablamos de lo externo, de lo que «se ve con los ojos de la cara»—a gentes de ignorada condición moral y que, por lo pronto, no han hecho más mérito visible para tanta felicidad que haber arriesgado unas pesetas... que es, poco mas o menos, lo que hace el que las arriesga a una sota.

Mas vale así, repito, porque ahora hay muchos que se han asegurado una vejez confortable—la conciencia no

suele tener relación demasiado estrecha con el confort—por el procedimiento del auto robado, y en el que se puede escapar indemne del otro auto: del de procesamiento, que a veces es un auto de poca marcha...

Mas vale así.

Que todos, empezando por el interesado desinteresado, se enteren de que, a pesar de todo, sigue siendo verdad aquel aforismo que yo he leído en comercios de fuera, para infundir confianza al cliente: *El ser honrado es un negocio.*

Para la otra vida, sin duda de ningún género. Y, como dijo Calderón: *algunas veces aquí.*

VÍCTOR ESPINÓS.

C U E N T O

Cómo cambian los tiempos

—Señorita Fuensanta! Señorita Fuensanta!

—¿Qué ocurre Juanilla?

—Hay señorita de mi arma, que medio mundo está loco, la otra mitad a perdió la cabeza y no se encuentra un cerebro firme.

—Válgame San Rafael, ¿qué ocurre?

—Que vá a ocurrir, que han quitao la Semana Santa pa jacer un carnaval perpétuo.

—Pero chiquilla acaba de una vez. ¿Qué es ello?

—Pus figurese V., que han dicho esta mañana en la Judería que tenemos que votar todas las mujeres; cuando yo digo que el mundo está rigüelto y los demonios andan suertos por toas partes. ¿A quién se le ocurre semejante cosa?; pu lo que es este cura no vota man que quiera er mundo entero, yo soy la que voy a mostrar tener sentido esta ocasión.

—Pero muchacha, estás hablando más de la cuenta. ¿Que sabes tú de

esas cosas? Los tiempos cambian, y hay que obrar según obliguen las circunstancias, y tú harás como las demás, cumplir con tu deber como Cordobesa y Católica.

—Pu mire V., señorita, una cosa es que cambien los tiempos y otra es perder los sentíos.

—Juana, Juana, cuando querrá Dios que sientes esa cabeza de Chorlito que tienes.

—Qué se yo; pero como me llamo Juana la der Quemao, que mejor consiento que me llamen Juanilla la achicharrá que dí a votar; vamos que no voi, que nó, nó y nó.

—Escucha un momento. Si te dijeran: Juana tienes que dar el voto, si nó se llevan de Córdoba a San Rafael y nos quitan la Virgen de la Fuensanta, ¿tú que dirías?

—Señorita de mi arma, me ha dejao V. pazmá; quitar de Córdoba a San Rafael, eso sería echar la Catedrá por suelo con campanas y tóo, y ¡ay! de quien eso pensara ni por un momento. San Rafael a sío y será er Custodio desta tierra, que es como si dijéramos la alegría de los cordobeses; pues er sostuvo lucha con er demonio pa que nunca entrara en esta tierra, que es la suya, en donde han nació hombres tan valientes que lo mismo han matao toros que han pintao a las personas hablando, y si alguno lo duda que vea los cuadros de Romero de Torres, que repican ahonde quiera que están, diciendo: ¡De Córdoba!

—Bien, dejemos eso tan sabido. ¿Darás tu voto?

—Si de ello se trata no solo daría yo mi voto, sino hasta la vida si es preciso. San Rafael por un lao, que es nuestra alegría y la Virgen de la Fuensanta por amor y agradecimiento. ¿Recuerda V. cuando se perdió mi Ominguillo?

—Sí, lo recuerdo, el invierno pasado.

—Si señora, jamás puedo olvidarlo.

Era de noche cuando le echamos de menos y nadie nos daba razón de er, su padre buscaba por un lao, yo por otro, y atribulá cogí pa er campo pidiendo a San Rafael lo librara de tóo los peligros, quería gritar y no podía, er llanto me ajogaba y las lágrimas se-gaban mis ojos, que apenas veía po donde andaba; cuando desesperaita grité: ¡Virgen de la Fuensanta, Tú que eres Madre, escúchame pa que encuentre por estos campos, que son tuyos, a mi hijo de mis entrañas! La Virgen me escuchó y en er momento sentí er yanto de mi niño, y sin duda la Virgen lo iluminó pa que yo lo viera, que venía corriendo hacia mí espavorío. Loca de alegría ofrecí dir ar Santuario pa darle las gracias y ayá fuf cuando otavía no alumbraban los blancos der día. Ar ver a la Virgen sentí lo que no puedo explicar; cogí a mi niño y se lo enseñé llorando, y con toas las fuerzas de mis purmones le grité: ¡Tú me lo trajitel!, y Ella me enseñaba er suyo sonriendo y claro escuchaba que me decía: *Las doss emos Madres*.

—Juana, tu relato me ha conmovido y lloro al escucharte, no es precisamente el quitarnos a nuestros Patronos, lo que se pretende es hacernos recordar que somos cristianas, que las mujeres tenemos el deber de defender la religión que nos legaron nuestros padres, y nunca debemos olvidar que la Cruz de la Redención no la derriba ni el tiempo ni la fuerza, pues sus raíces están ligadas al corazón del género humano.

—Yo voto, señorita, y toas las que seamos cordobesas, y mi madre que está impedia la llevo de un brazo y en er otro a mi niña Fuensantita, que otavía no tiene la cuarentena, votará como angel de la tierra y de esta tierra que siempre amó la fe de Cristo, y desde hoy rezaré a la Virgen de los Faroles pa que alumbré a toa esa gente que están ascuras y quieren apar-

tarse de Ella; y crea V., señorita, que si no votáramos sería muy fácil que viniera del otro mundo er gran capitán Don Gonzalo de Córdoba pa ajustarle las cuentas a toos los que se quieran apartar de la religión y la fe.

JOSEFA ALFARO DE OCAMPO,
Sevilla.

Teatros y Cines

—=—

Cines

Paso a la juventud.—Una exhibición primorosa de ópera italiana. Triunfa la manera, la gracia, la elegancia de la exposición cinematográfica. Triunfa la personalidad de los intérpretes, sobre todo la de Jean Kiepura como gran cantante y actor extraordinario. La cinta es netamente decorosa y digna en todos sus aspectos, y constituye una gallarda muestra de la cinematografía ejemplar.

El corredor de Marathon.—Los deportes adquieren un marcado relieve y se insiste en ellos con exceso. Una tenaz presunción amorosa—con pretensiones adúlteras—que no cuaja, y las libertades de vestimenta—poco insistentes y atenuadas por la dignidad de la acción—propias de alguna escena de deportes acuáticos, son los lunares que pueden señalarse en un conjunto decoroso.

Paz en la tierra.—Es la primera cinta que nos dá en toda su plenitud cristiana el concepto positivo de la paz, con todos los otros inseparables de la sociedad y de la vida, sin los que esa paz sería una pura abstracción. El «film» es colosal y magnífico por su grandiosidad fotográfica, por su dirección esmerada y culta, por su interpretación magistral. Todo contribuye a valorar la idea central, sin menoscabo alguno de su profundo sentido cristiano, ni en el fondo ni en la forma. En

primer término la película se complace en robustecer el concepto de la familia, con una fuerza de símbolo de la gran familia humana, que deja entrever la fraternidad de todos los hombres. Esta valoración del concepto de la familia es desde el primer instante el eje del «film» y que permite situar la bellísima acción dramática.

El guapo.—No es corriente admirar una película con algo de interés policiaco que no se acompañe de inverosímiles truculencias. No le faltan alusiones a irregulares amores, como tampoco algunas escenas de inconveniente realismo.

Mascarada.—Rodeada de los máximos alicientes, dotada de aquellos elementos que contribuyen eficazmente a lograr una producción de primera fila, con el alarde técnico y espectacular de los grandes «films», no llega ni con mucho a «Vuelan mis canciones», su hermana mayor, realizadas ambas por Willy Forst. Empieza interesante, con ritmo discreto y grato dinamismo, prometedores de una cinta de altos vuelos; pero pronto el ritmo se retarda, las escenas se alargan y la acción sufre al padecer una inquietante lentitud. La aventura que sirve de fundamento a la película es un inmoral y viejo motivo de baile de máscara y a su alrededor menudean los incidentes de un lamentable tono por cuanto al decoro se refiere, sin faltar tal cual escena de bailables exhibicionistas.

La mujer constante.—El conjunto de la película es agrio, pesimista, trisón. Se recurre a los conocidos recursos más sensacionales y a trucos tremebundos, sin reparar en su contenido moral. El incendio, el adulterio, la falsa paternidad, todo se aprovecha y con ello se pretende dotar a la cinta de emoción y dramatismo, con procedimientos un poco trasnochados y un mucho desacreditados en su larga vida por los alrededores del «cinema».

La buenaventura.—En nuestro clá-

sico se revela ya el momento base de esta película y hasta el nombre ha proporcionado a una «nota ejemplar» de sobre conocida. La acción da pretexto para intercalar jotas y canciones gitanas, por cuanto a la tribu se refiere, trozos de ópera que relata la vida del célebre tenor.

El correo de Bombay.—El «film» en su técnica esmeradísima responde a este procedimiento misterioso y a pesar de él resulta lógico y entretenido, no obstante, además de la monotonía de escenario y trama. No hay en él la menor complicación sentimental. Ello basta para significarse que su moralidad es absoluta.

¡Ojo solteros!—El decoro tropieza en los intentos de seducción empleados en el tipo de la joven alocada, y que, aun cuando tratados en un tono de comicidad, que algo atenúa, no por eso dejan de ser censurables, así como las exhibiciones en playas y otros ambientes.

Matando en la sombra.—He aquí una enmarañada película policiaca que se plantea con un asesinato misterioso en los comienzos y tras el cual la acción cinematográfica versa sobre las peripecias de la acción detectivesca para encontrar al criminal. El «film» a pesar de cierta confusión producida por el afán de enmarañar la trama, no incurre en las truculencias hiperbólicas ni en los tópicos del género policiaco sensacional. Es fino de técnica escénica y desde luego limpio por lo que a la moral se refiere.

Vorágines.—Es una verdadera exposición cinematográfica de quince años de vida de un pueblo que, en diversas ocasiones decae y otras tanta resurge, sirviéndole de poderoso acicate el patriotismo y la confianza en sí mismo. La actividad es la nota temática del interesante «film».

De Eva para acá.—No nos cansaremos de desaprobarnos las escenas sugerentes sensuales, que por desgracia

parece van siendo poco menos que obligadas en las modernas producciones y que—aunque como en esta película—se desarrollen entre legítimo matrimonio, no por ello dejan de ser peligrosas, y como tales censurables.

El lago de las damas.—El lago es uno de los bellísimos de la región austroitaliana. Las damas son las bañistas que cabe el lago, pasan la época estival. Y uno y otras dan la nota de ambiente explotado con un sinnúmero de fotografías, aciertos indudables de «cameraman». Es un constante regodeo de semidesnudismo de playa y escenas que nada tienen de inocentes y mucho, en cambio, de repugnantes y de inmorales. Sobre todo una que raya en lo pornográfico, y en la que la exhibición nudista va acompañada de una sugerencia sensual verdadeamente escandalosa.

El amor de Carlos II. - Una nueva película histórica, si bien roza la historia para seguir la parte anecdótica consistente en los incidentes amorosos del alegre rey, intermedio casi de dos revoluciones. Muchas y destacadas son las insinuaciones que se hacen respecto de los reprobables amores reales, puesto que éstos, según hemos dicho, son casi el fundamento del asunto.

El heredero del Bal Tabarín.—En un ambiente de obscenidad se desenvuelve el aburrimiento del «film», en el que el mismo Duvallés fracasa por falta de ocasiones en que lucir su admirada comicidad de otras obras. Se desliza el «film» entre las consabidas escenas de revista, viejas como la gran parte de los elementos de la cinta.

E. ABRIL.

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

La legión de la decencia

El conformismo y la resignación que suelen cruzarse de brazos, ante las primeras dificultades, pasaron por alto en el comentario periodístico, las peripecias ocurridas en la iniciación de la campaña en contra de la película inmoral y antipatriótica, que clero y fieles, en perfecta y jerárquica coordinación, emprendieron en los Estados Unidos hace un par de años aproximadamente.

Muy bello el ideal—decíame impregnando el tono con gotas de ironía un compañero de prensa que se ha especializado en temas de film y de la radio—muy laudable el propósito, pero de casi imposible realización, mientras las empresas norteamericanas, las de Hollywood principalmente, monopolizan la producción y el consumo de películas en teatros y cines de aquel país y de casi toda Europa, pues Vds. saben que más del ochenta por ciento de las que se exhiben tienen el sello de origen yanqui. Esa propaganda, más que a boycotear el espectáculo por el medio pasivo de la no asistencia, obtendrían un resultado más práctico, fabricando la película de carácter moral y por supuesto, de factura artística superior a las otras. El encuentro en ese noble terreno de la competencia sobre ofrecer ancho margen al lucimiento de la verdad y del bien, como motivos cinematográficos, produciría el descrédito y la ruina de los que proscriben las bellezas del llamado séptimo arte, a expensas de las pasiones y apetitos de la más baja extracción. No creo que este procedimiento superaría en rapidez y eficacia al otro que se apoya substancialmente en razones de religiosidad y ciudadanía, de las que el público, toda la masa hetero-

LEA V. "EL DEFENSOR"

genea y amorfa que llena los teatros, suele estar poco menos que en ayunas.

En esta ocasión ha fallado la técnica; la técnica y el dolar. Cuando por primera vez levantó la voz de protesta el Sr. Arzobispo de Cincinnati para denunciar a sus diocesanos el peligro religioso y moral que representaba el predominio del cine impúdico y bárbaro, que rompiendo frenos y atropellando leyes, abría ancho y florido camino a todos los excesos y transgresiones, los grandes *trust* de la industria cinematográfica, dueños y usufructuarios de más de 20.000 salones de América del Norte, ni siquiera se dieron por enterados. ¡Era demasiado fuerte su poder para que la Pastoral de un Obispo lo echara por tierra! Pero pronto la voz de Mons. Mac Nicolás congregó entusiasmos y fervores. Generalizada la campaña en todas las demarcaciones episcopales, añadida a la ecuanimidad de inteligencias y corazones una articulación de esfuerzos, una continuidad en los trabajos de proselitismo que no se arredra ante ningún obstáculo, los resultados vinieron más rápidos y eficaces de lo que presumía el compañero, a que aludimos antes.

La taquilla que es el órgano más sensible de todo hombre de negocios empezó a acusar un descenso creciente en cada balance; los periódicos en artículos y caricaturas, los predicadores y conferenciantes secundaban briosos la iniciativa de los obispos; algunos artistas hasta entonces sin escrúpulos para ningún género de representaciones por atrevidas que fueran, exponían a los empresarios tímidamente al principio, con decisión y energía al poco tiempo, la conveniencia de acceder a las reclamaciones de una gran parte del público... La batalla estaba ganada, pues el enemigo accedía a parlamentar. Y esto no era más que el preliminar de la victoria. Actualmente

el triunfo, ya casi completo, alcanza proporciones consoladoras.

No hace quince días el director de la *Moción Pictures And Distributor of América Inc*, señor Will Hays, se ha dirigido al señor Arzobispo de Cincinnati, Presidente del Comité Episcopal para la cinematografía, manifestándole que la industria por él representada, una de las de mayor rendimiento industrial, acepta las determinaciones y acuerdos; que no se opone al análisis y censura previa, que ya está en circulación la orden a fin de que los delegados y corresponsales de las casas marquen todas las películas con el distintivo acordado en junio último, retirando de los programas aquellas que por no haber sido censuradas todavía, no se hallen en las debidas condiciones para su exhibición. En análogos términos se expresan los demás productores.

¿Cual ha sido la clave del éxito de esta campaña, erizada de dificultades al principio? Aparte la alteza y justicia de los propósitos, que por sí solos deberían triunfar en un medio social donde la moralidad tuviese el valor que le corresponde de la ley, idea y sentimiento, reguladores de la vida individual y colectiva; aparte, decimos, estas razones de contenido ético que exige antecedentemente la claridad de una conciencia religiosa y ciudadana, el motivo formal de la victoria hay que buscarlo en la organización, en la continuidad, en el engranaje y ajuste de todas las piezas. Si pues a igualdad de causa, paridad de efecto, como dice el refrán escolástico, ya está franco el camino que debe seguirse en España para la depuración y saneamiento de la película. Bien está la crítica que en periódicos y revistas se practique ya por plumas competentes. Pero ¿cuantos leen estos trabajos y, suelta la lectura, cuantos dejan de asistir al espectáculo que se censura?

Mas que resultante del examen y

juicio ageno, por autorizados que sean los legionarios de la decencia tienen que adscribirse a la legión en vista del cumplimiento de un deber inexcusable como católicos. Eludirlo equivale a una apostasía parcial. Vease el texto del compromiso que firman en los Estados Unidos todos aquellos—ya se cuentan por millones—que constituyen este ejército blanco. «Desapruebo las producciones cinematográficas indecentes e inmorales, y las que exaltan el crimen y a los criminales. Prometo hacer lo que pueda para influir en la opinión pública contra ese género de exhibiciones. Reconozco que es obligación de mi fe tener rectitud y pureza de conciencia en este sentido. Prometo no asistir mientras en los salones tales películas se proyecten.» Esta fórmula, que en síntesis reproducimos y cuyo texto literal más extenso constituye un programa de acción católica en orden a la cinematografía, se distribuye actualmente en todas las parroquias de los Estados Unidos durante la misa parroquial de los domingos.

J. POLO BENITO

DESDE NUEVA YORK

Ciento doce años de periodismo católico

La Iglesia Católica estaba en sus principios y organización en los Estados Unidos cuando en 1820 fué creada la diócesis de Charlestown y nombrado primer obispo el Doctor John England, cuyo nombre subsistirá como uno de los más gloriosos entre el episcopologio norteamericano. Su diócesis comprendía Carolina del Norte, con 2 parroquias; Carolina del Sur, con 3, y Georgia, con otras 3. Al llegar de Irlanda, en donde fué consa-

grado obispo, no encontró mas que dos sacerdotes, y tuvo que ser desde el primer día obispo, misionero, párroco, predicador y periodista. A él se debe la publicación de la primera revista católica de los Estados Unidos, «The Miscellany», de la cual se servía como eficaz colaborador en sus trabajos de evangelización entre los protestantes, que constituían el noventa por ciento de los habitantes de las Carolinas y Georgia, fanáticamente enemigos de la Iglesia, a la cual no conocían mas que a través de odios y prejuicios seculares.

El gran obispo England es el patriarca del periodismo católico y el fundador de la primera editorial católica en la historia de los Estados Unidos, de donde salían libros, folletos, proclamas y sermones bajo la supervisión personal del obispo, pues a nadie tenía a su lado que pudiera ayudarle en este trabajo. El era el único sacerdote en la ciudad de Charleston.

La buena semilla de «The Miscellany» se multiplicó como el grano de mostaza, y hoy las publicaciones católicas de los Estados Unidos pasan de 300 en quince idiomas distintos. Pero este progreso en 112 años no se ha realizado sin muchos esfuerzos, mucha generosidad, mucha constancia, mucho sentido de la responsabilidad de todos y con una perfecta visión de las necesidades de hoy y de las mayores del día de mañana.

Los católicos de los Estados Unidos organizados bajo todos los aspectos del jerarquismo y atentos siempre a la voz de sus obispos, han aprendido a considerar su Prensa de tanta necesidad como sus templos y sus propios hogares, y con la misma generosidad con que atienden las necesidades del culto y clero y a sus atenciones domésticas, contribuyen al aumento y al sostén de sus diarios y revistas: y esta convicción hondamente grabada toma realidad y cuerpo durante el mes de

febrero, señalado por el Consejo Nacional de los Obispos como mes de la Prensa Católica en todo el país, para que en todas las ciudades y pequeñas poblaciones, eclesiásticos y seculares rivalicen en una generosa campaña de difusión y de aumento de la Prensa Católica.

Este año las organizaciones católicas trabajan con un entusiasmo superior al de los años anteriores, y no les basta con lo que hicieron antes, sino que aspiran a aumentar en tres millones el número de las nuevas suscripciones a periódicos y revistas.

Un día es muy poco para realizar un avance, y una colecta al año en favor de la Buena Prensa no puede inyectar mucha vida a las publicaciones católicas débiles y pobres, como acontece en nuestros países hispanos, en donde, salvo ejemplos rarísimos que parecen milagros, se desenvuelven en penuria y dificultades.

La importancia de la Prensa Católica, según la acertadísima convicción de los obispos y católicos de los Estados Unidos, necesita todo un mes de trabajo y entusiasmo con el concurso de todos para que se ganen nuevas batallas y se consoliden los progresos realizados. Para esto se movilizan todas las fuerzas con que cuenta la Iglesia en los Estados Unidos, desde las brillantísimas pastorales de los Prelados hasta el último grupo de exploradores, marchando al unísono «Por Dios y por la Patria».

Este año, sin disminuir la ofensiva en favor de los diarios y revistas en general, se da especial importancia a publicaciones católicas de carácter escolar dirigidas por las Congregaciones Religiosas de enseñanza y cuya circulación en su mayor parte es entre los alumnos de los colegios católicos y sus familias. «Las revistas escolares deben entrar en todas las casas de padres católicos, dice «The Monitor», porque ellas establecen lazos más íntimos y personales entre los padres de familia y aquellos que forman la inteligencia y el corazón de sus hijos. Pero no ha de bastar que los padres de familia se suscriban a las revistas de los colegios de sus hijos, sino que es necesario que los hijos, para su ejemplo y buena influencia, vean que sus padres las leen y las aprecian, inclinándolos así al gusto e interés por las buenas publicaciones. Muchos padres no comprenden el bien que causan en el pensamiento de sus hijos, si éstos los ven leyendo la revista de su colegio».

ayuden los católicos a su Prensa y, al dar, olvidense de la «perra», de la «chaucha», del «níkel», del «quinto», del «tostón» y del real.

MARCIAL ROSSELL.

CUARTO MISTERIO GOZOSO

La Purificación

Los misterios del Rosario

Una Virgen concepta sin mancha,
más pura que la luz de la alborada,
no teme que la juzguen manchada
en Purificación que tanto humilla

Obediente, magnánima, sencilla,
entre la plebe de Salén mezclada
presenta al Hijo y queda despojada
de la aureola que en sus sienes brilla.

¡Peregrino que vas peregrinando
y asciendes a la cumbre desgranando
las plegarias del místico salterio;

dobla, ferviente, tu rodilla en tierra
mientras aprendes la lección que encierra
la sublime humildad de este Misterio!

J. AMADEO MORENO CORTÉS.

San Francisco de Sales, Patrón de la Prensa católica

—=—

Su fiesta el 29 de Enero.--Efeméride gloriosa. 28 Diciembre de 1622.-- Muerte de San Francisco de Sales.

Llegando la vigilia de la Natividad de Cristo Nuestro Señor colocó Francisco de Sales aquel día una cruz en los frailes recoletos por habérselo pedido la Reina Madre, María de Médicis, y detúvose mucho en esta función, padeciendo mucho frío.

Celebró aquella noche la primera Misa en el Convento de la Visitación, e hizo a sus hijos una plática muy tierna y amorosa del Niño recién nacido.

Por la mañana confesó a los Príncipes Víctor Amadeo y Cristina de Francia, y les dijo Misa y les dió la Comunión en la iglesia de los PP. Dominicos.

Después, dudando, por las pocas fuerzas y cansancio, si podría decir la tercera Misa en sus monjas, envió un sacerdote que se la dijese.

Pero animándose luego le siguió, y cuando llegó halló al sacerdote vestido, no permitió que se desnudase, antes le oyó todas tres misas de rodillas con mucha devoción; después dijo su tercera Misa, siendo las once del día, y aquella tarde dió velo a dos virtuosas doncellas que lo deseaban.

La luz, al quererse apagar dá mayores llamaradas; así San Francisco se esforzaba más al ir a acabarse, trabajando sobre sus fuerzas, años y enfermedades.

El día de San Juan Evangelista, como a las dos de la tarde sintió un grande desfallecimiento acudieron sus criados, lleváronle a la cama, y al cabo de media hora le sobrevino una apoplejía.

Corrió la voz de su enfermedad por

la ciudad y acudieron los médicos para ayudarle con medicinas, y muchas religiosas y otras personas para verle. Volvía en sí de cuando en cuando y hablaba con mucho juicio a cuanto le preguntaban, porque siempre tuvo el juicio entero y el habla libre. Preguntóle un Padre de la Compañía si se conformaba con la voluntad de Dios y si quisiera que aquella fuese la hora de su muerte.

Respondió con grande paz: «Bonum est ponere in Domino Deo spem meam». Dijo el mismo Padre que pidiese a Dios que si era posible le diese la vida con aquellas palabras de Cristo: «Pater si possibile est, transeat a me calix iste». Y el humildísimo Santo no las quiso decir, pero prosiguió con un suave suspiro: «Non mea voluntas sed tuafiat».

Pidió que le diesen la unción, juzgaron los médicos que no era tiempo, y el Santo con humildad y obediencia calló y se sujetó a su parecer, aunque después se la dieron a la una de la noche.

Como no bastaron los remedios ordinarios, reunieron los médicos a los extraordinarios. Habíanle puesto un emplasto en la cabeza. arrancáronlo y diéronle dos botones de fuego, y aunque el dolor era tan intenso, que le hacía derramar lágrimas, no se quejaba, ni hacía más que pronunciar los nombres de Jesús y María.

Viendo que no aprovechaba, levantaron de la cabeza otro emplasto tan pegado que se llevó consigo el cutis, y le dieron en ella tercer botón de fuego.

Humeaba la cabeza, como si estuviera toda ardiendo, y era el dolor cual se puede imaginar, y el santo sufría tantos martirios con grande paz y serenidad, como si no le tocaran.

Lloraban todos los presentes, viendo que se le moría tan Santo Prelado; y más que todos lloraba su antiguo y

querido criado Rolando, que dijo: «Como señor, no nos decís nada?».

Respondió: «Vivid en paz y tened a Dios».

Vieron que le iba faltando el aliento y que quería expirar; y Felipe Malabayla, Provincial de los bernardos ferlienses, le empezó a decir la recomendación del alma, y llegando a aquellas palabras: «Sancti innocentes, orate pro eo», repitiéndola tres veces por ser su día, a la última expiró con grande tranquilidad, a las ocho de la mañana, año de 1622, a los cincuenta y cinco años de edad, y veinte de su pontificado.

P. RIVADENEIRA.

Un glorioso aniversario

—:—

Cien años hace justamente en 1934 que nació el egregio militar y glorioso campeón de la causa social cristiana, Marqués René de La Tour du Pin.

Fué el marqués glorioso defensor de las ideas cristiano-sociales allá en los años que precedieron a la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII; fué después eximio propagador del régimen corporativo que él como nadie ideó y completó en sus celeberrimos artículos de *L' Association catholique* recopilados por él mismo en su célebre libro que hoy en día la novedad ha vuelto a poner en primer término después de tantos años: *Vers un ordre social chrétien. Jalons de route.* (París, Beauchesne). Toda la más moderna doctrina del régimen corporativo está tan plenamente esbozada y aun plasmada en las páginas de esta obra, que hoy por hoy no puede pasar inadvertida a ningún estudioso que en tan sabrosa materia quiera ahondar.

¡Pensar que de 1883 a 1891 salieron aquellos artículos!

¡En pleno dominio y absoluta tiranía del régimen liberal, cuando nadie pen-

saba en el cambio que había de dar la sociedad!

Ello revela a La Tour du Pin como un verdadero vidente. Pero no un vidente circunstancial que acierta por casualidad, sino profeta convencido de la bondad de su teoría y del triunfo de su doctrina. Cuando todavía en 1924, anciano de noventa años veía desmoronarse lentamente el liberalismo económico, repetía sin cesar: «Aquello vendrá». Aquello era el *régimen corporativo*, la vuelta a lo que destruyó la malhadada revolución francesa; y aquello viene de nuevo al mundo, arrastrado por el fracaso absoluto e irremisible del régimen ya muerto, condenado valientemente por la Iglesia cien veces, pero mantenido como la panacea en todos los males por Estados y sociedades.

El comienzo de la obra de La Tour du Pin como el comienzo de la obra del Conde de Mun su egregio compañero fué providencial.

Los dos actuaron con su uniforme como ayudantes del general Ladmirault en la célebre revolución de *La Commune* en 1871; los dos comprendieron que la sangre de tantos obreros muertos en las barricadas de París era *relativamente* inocente, y había de caer en primer término sobre la cabeza de dirigentes sin conciencia que habían llevado a aquel extremo al pueblo francés; pero los dos, haciendo honor a su uniforme y a su profesión, habieron de intervenir duramente en la represión de aquella sangrienta lucha de obreros contra obreros, franceses contra franceses. Entonces conocieron ellos, aristócratas de Francia, a Mauricio Maigne, pobre obrero, que trabajaba afanosamente en medio del silencio despectivo de las clases pudientes y del aislamiento suicida de casi todos los franceses, en un modesto *Círculo de formación de obreros* y de educación de camaradas; y entonces, rasgadas las nieblas de sus men-

tes, se hicieron los dos aristócratas que habían de ser desde entonces lumbrera de la sociología cristiana, una sencilla reflexión que bien vale un mundo: «Y ¿por qué no nos dedicamos nosotros a educar a las masas y enseñarles su camino para evitar que otra vez se tiña de sangre de obreros *engañados* la tierra francesa?».

Así, con esta admirable simplicidad que caracteriza las obras de Dios, comenzó la famosa obra de los *Círculos de Obreros*, germen de ideología y organización corporativa, que masas y dirigentes *entonces* no comprendieron; y por incomprendida fracasó dejando el campo abierto a la sindicación profesional. En la cual sin desanimarse por el cambio de rumbo, trabajaron los dos adalides de la causa con la valentía y éxito que es de todos conocido.

Prácticamente la idea corporativa quedó ahogada ante la incompreensión de obreros y patronos, pero en su profunda visión teórica veía La Tour du Pin que era aquella la que necesariamente había de venir a salvar la sociedad, a dejarla trazada se dedicó en el libro arriba indicado.

Otros dos hombres se encontraron en el camino de Tour du Pin; el Conde de Mun y León Harmel; y los tres trabajaron—en teoría los primeros, en la práctica de gran patrono católico el tercero—por la restauración social de Francia. Egregio triunvirato, cuyos gloriosos sucesos hoy en día se admiran y que entonces pasaron en gran parte incomprendidos.

Junto a este glorioso triunvirato francés, justo es notar, aunque sea de paso, dos nombres de dos ilustres propagandistas españoles de la misma idea y de la misma época: El P. Antonio Vicent, Jesuita, fundador incansable de *Círculos de Obreros*, estudiados como base de un futuro régimen corporativo; y el preclaro Marqués de Comillas, que en nada tuvo que envi-

diar al más conocido pero no mejor patrono, León Harmel. El P. Vicent murió también incomprendido por los demás, y aun acaso por sí mismo; Comillas murió... alabado, pero no imitado.

A Tour du Pin le tildaron también de heterodoxo, ¿cómo no? Ya en 1885 le llamaron socialista porque predicaba las doctrinas que en 1891 promulgó León XIII (!); y nada menos que León XIII tuvo que intervenir en su defensa dándole toda la razón con estas magníficas palabras: «Su doctrina, hijo mío, no es socialismo, sino auténtico y verdadero cristianismo».

¡Cómo se repite la historia! Las mismas acusaciones que se lanzaban en 1895 a Tour du Pin, son los dardos que en 1934 se afilan contra los propagandistas de aquellas o semejantes ideas. A haber sido escrita hoy *Jálons de route* nos parecería obra modelo; escrita hace más de cuarenta años y manifestada hoy en perfecta consonancia con las ideas de la Encíclica QUADRAGESIMO ANNO es altamente gloriosa para su autor.

Siete años más que hubiera vivido hubiera dicho el bravo coronel retirado al ver la Encíclica de Pío XI: «Mi doctrina está aquí canonizada». Impidiéndoselo la muerte que le llevó a descansar en la paz de los justos. Plácidamente, como había vivido, murió a los cuarenta años de edad, el ilustre campeón de la causa católica, el *primer autor* de una ideología completa acerca del régimen corporativo.

J. A.

DOS NUEVOS MISIONEROS JESUITAS A CAROLINAS

El día 2 de este mes embarcaron en Gibraltar, en el buque japonés *Hakusan Maru*, el P. Quirino Fernández

García y el H. Rafael Arregui Eceiza, religiosos de la Compañía de Jesús, destinados recientemente a la Misión que los PP. Jesuitas de la Provincia Bética tienen establecida, desde el año 1921, en las Islas Carolinas, Marianas y Marahalla, en otro tiempo españolas, después alemanas y hoy bajo el dominio del Japón, como consecuencia de la guerra europea.

El Obispo

Dirige esta difícilísima Misión, como Vicario Apostólico el Ilmo. Padre Santiago López de Rego, S. J.; hay en ella, con estos dos nuevos, treinta y cinco misioneros, (17 Padres y 18 Hermanos Coadjutores), mas un Escolar indígena que estudia en el Seminario de Manila (Filipinas). Es Superior de la Misión el R. P. Juan Pons, que hace dos años vino a España y visitó a los bienchores de esta Misión.

Antecedentes históricos

Estas islas fueron descubiertas por marinos españoles, en los siglos XVI y XVII, y pertenecieron a España hasta 1889. Al ser descubiertas trataron los PP. Jesuitas de evangelizarlas y enviaron allá sus primeros misioneros; entonces fueron maltratados y perseguidos, en algunas islas, y tuvieron veintidós mártires, uno de ellos natural de Málaga, y otro de Arahall (Sevilla).

Misión muy difícil

La grande extensión de mar (más de cinco millones de kilómetros cuadrados) en que se hallan diseminadas las ochocientas islas que actualmente se evangelizan; la enorme soledad de los Misioneros, por falta de medios rápidos de comunicación; la escasez de alimentos europeos, el clima tropical y durísimo, la propaganda protestante, etc., etc., hacen difícilísima esta Misión.

Dos héroes

A ella va con grandes entusiasmos estos dos héroes, dispuestos a sacrificar sus vidas: el P. Quirino Fernández que visitó recientemente nuestra ciudad, acompañado del P. Martín Palma, Procurador de la Misión en España, (1) y dió conferencias misionales en algunos colegios, recogiendo también limosnas. Además de sus estudios en la Compañía de Jesús, ha hechos un cursillo de medicina misionera en la Universidad de Lille (Francia) y es joven, pues cuenta treinta y cinco años.

El H. Arregui, vascongado, de la tierra de San Ignacio de Loyola, hizo el noviciado en el Puerto de Santa María (Cádiz), marchó a Bélgica, cuando la disolución de la Compañía, regresando a España después y fijando su residencia en Málaga. Tiene veinte y cinco años.

El viaje

Según carta recibida, los dos misioneros llegaron bien a Marsella, el día 4, y el 6, fiesta de la Epifanía, a Nápoles. El 10 llegarán a Port Said, el 11 a Suez, el 21 a Colombo, el 1 de Febrero a Hongkong, el 4 a Shanghai, el 8 a Kebe y el 11, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, desembarcarán en Yekehama. Descansarán unos días en Tokyo y después seguirán en otro vapor japonés a las islas de su destino, tardando en este último trayecto diez días aproximadamente.

Deseamos felicísimo viaje y copiosos frutos en sus ministerios a estos beneméritos y abnegados hijos de San Ignacio y San Xavier, continuadores de la obra apostólica de los PP. Medina, Sanvitores y demás mártires de la Compañía en aquellas islas del Pacífico.

(1) Para informes y donativos, calle Federico Rubio, 4, Sevilla: donde reside.



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «CERA». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «LITÚRGICA». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «ECONÓMICA». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

elaborados conforme a lo resuelto por la Congregación del Santo Oficio

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades eclesiásticas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

FUNDICIÓN DE BRONCE

y objetos de metal



Pedro Osona Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases